La Comédiathèque

No siempre la música amansa a las fieras

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

No siempre la música amansa a las fieras

Jean-Pierre Martinez

Los Trompeta han invitado a la buena sociedad de Castelardón, a la que sueñan con pertenecer, a un aperitivo con concierto en el castillo que acaban de comprar. Pero pronto encuentran la cabeza del pianista flotando en la piscina. ¡Y pensar que todavía no han pasado del aperitivo!

Personajes
Juan Trompeta
María Trompeta
Samantha Trompeta
Edmundo Altibajos de la Plata
Victoria Altibajos de la Plata
Gonzalo Altibajos de la Plata
Gregory Badmington
Conchita Badmington
Renata Kowalski
Fátima
José
Federico Bandoleón
Truffaldino
César
Rosalía
Ramírez
Sánchez

De 14 a 17 intérpretes
Renata, Bandoleón y Truffaldino pueden ser interpretados por actores que desempeñen otros papeles. Fátima, Bandoleón, Ramírez y Sánchez pueden ser interpretados por hombres o mujeres.
14: 9H/5M, 8H/6M, 7H/7M, 6H/8M
15: 10H/5M, 9H/6M, 8H/7M, 7H/8M, 6H/9M
16: 11H/5M, 10H/6M, 9H/7M, 8H/8M, 7H/9M
17: 11H/6M, 10H/7M, 9H/8M, 8H/9M, 7H/10M, 6H/11M

© La Comédiathèque

El patio de un castillo en ruinas, con falsas columnas de auténtico cartón y arbustos falsos de papel crepé. Juan y María Trompeta, de elegancia aparentemente informal pero indudablemente vulgar, están sentados en un banco, mirando al vacío. Se oyen las siete campanadas de la iglesia.

María – Son las siete.

Juan – Sí… Puede ser…

María – ¿No lo oíste?

Juan – Las he oído, desde luego. Pero ¿cómo podemos estar absolutamente seguros de que son exactamente las siete?

María – ¡Porque han sonado siete campanadas en la iglesia de Castelardón de los Dos Castillos!

Juan – Eso no prueba nada.

María – ¿Cómo que no prueba nada?

Juan – Puede ser un error.

María – ¿Cómo iba a equivocarse tanto la Iglesia?

Juan – La Iglesia se ha equivocado muchas veces…

María – ¡Pero nunca se ha equivocado de hora! Para las almas sumidas en la duda, el campanario siempre será lo que el faro es para los marineros en mitad de una tormenta. Hay límites para el escepticismo…

Juan – La infalibilidad del papa no se extiende a todas las campanas que lo rodean.

María – Para un buen cristiano, la hora es la hora. Y si el campanario de Castelardón da las siete, son las siete.

Juan – Eso se llama tener fe de charcutero.

María – De carbonero, querrás decir.

Juan – Deformación profesional.

María – La auténtica fe no consiste en estar seguro de que las campanas dan la hora correcta.

Juan – ¿Entonces en qué consiste?

María – En creer que la hora buena es aquella a la que suenan las campanas.

Juan – De todas formas, voy a llamar al servicio de información horaria.

Marca un número en el móvil.

María – Y además conocemos al cura, después de todo.

Juan – Sí… Justamente…

María – Es verdad que corren bastantes rumores sobre él…

Juan – Acaba de salir de comisaría por exhibicionismo.

María – ¡Tampoco vamos a acusarlo ahora de difundir noticias falsas sobre la hora que es!

Juan – Da señal.

María – Me pregunto si no deberías dejar de leer tantos libros de BHL…

Juan – ¿BHL? ¿No era BHV? Ah, claro, el filósofo… Yo los compré en la FNAC.

María – BHV o BHL… Siempre acaba siendo filosofía de saldo.

Juan guarda su teléfono móvil.

Juan – En cualquier caso, son las siete.

María – Y ninguno de nuestros invitados ha llegado aún… ¿Crees que vendrán?

Juan – ¿A qué hora pusimos en las tarjetas de invitación?

María – A las siete.

Juan – Nadie llega a las siete para una invitación a las siete.

María – ¿No?

Juan – En la alta sociedad eso no se hace. Ni siquiera estoy seguro de que esté bien visto invitar a alguien a las siete… ¡Las siete! Eso no es muy cristiano…

María – ¿Crees?

Juan – Llegarán alrededor de las siete y media.

María – Es un aperitivo, después de todo. No van a llegar a las once de la noche.

Juan – ¿No habíamos dicho que sería un aperitivo con bufé?

María – Un aperitivo con bufé intimida menos que una cena. Nuestros invitados son gente distinguida, con una idea muy particular de lo que significa pasar una buena velada.

Juan – Tienes razón. Al leer «aperitivo con bufé», pensarán: «Si es un aburrimiento mortal, no tendremos que quedarnos».

María – A esa gente no le basta con una sangría y unas salchichas a la parrilla para marcharse diciendo que han pasado una velada estupenda.

Juan – ¿Y en la invitación pusiste bien claro que era un aperitivo con bufé?

María – Puse «Aperitivo con bufé». Me pareció menos formal. Más desenfadado.

Juan – Y tampoco podemos organizar una cena de sociedad. Todavía no pertenecemos al Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón.

María – Todavía no, por desgracia. Y ese es precisamente el objetivo de esta velada: encontrar a alguien que apadrine nuestra entrada en el prestigioso Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón.

Juan – ¿Castelardonense, dices?

María – ¿Cómo se llama a los habitantes de Castelardón de los Dos Castillos?

Juan – Desde luego, no «castelardones»…

María – Quizá «castelardonenses». En todo caso, suena distinguido.

Juan – En cualquier caso, si hubiéramos puesto «cena» en la invitación, no habría venido nadie.

María – Es obvio.

Juan – Aún no tenemos categoría para dar cenas de sociedad…

María – Y eso que solo anunciamos un aperitivo con bufé… y no ha venido nadie.

Juan toma una tarjeta y la mira.

Juan – Ah, espera… Aquí hay una errata. En vez de «Aperitivo con bufé», pone «Aperitivo con bufón». Mira…

María – Es verdad… Bueno, casi viene a ser lo mismo. Además del cátering, hemos contratado a un cantante de ópera que toca el piano.

Juan – Desde luego, no hemos escatimado en gastos. Hemos tirado la casa por la ventana.

María – Y además, los recibimos en nuestro castillo.

Juan – ¿Te das cuenta? Ahora los castelardonenses somos nosotros, los orgullosos propietarios de uno de los dos castillos de Castelardón.

María – Aún queda bastante por hacer para que sea habitable, pero es verdad. Al fin y al cabo, somos los señores de estas tierras.

Llega Samantha, su hija, con un aspecto punk o gótico.

Juan – Y aquí está nuestra princesa…

María – Vamos, Samantha, podrías haberte arreglado un poco para recibir a nuestros invitados… Parece que acabas de salir de una película de zombis.

Samantha – ¿Cuándo comemos?

Juan – Justo después del aperitivo.

María – Y después del concierto.

Samantha – ¿El concierto? Supongo que no es rap. ¿Qué es, un grupo de jazz?

María – Es un tenor de primerísima categoría, venido expresamente de Madrid en AVE.

Juan – Nos costó un ojo de la cara.

María – Cantará algunas grandes arias de ópera acompañándose al piano.

Samantha – Ah, vale… O sea, que vamos a tardar una eternidad en cenar…

Juan – Se trata de ser admitidos en la buena sociedad de Castelardón, Samantha.

María – Convirtiéndonos en miembros benefactores del Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón.

Juan – El piano y la ópera son justo lo que necesitamos para introducirnos en sociedad, hija mía.

María – ¿Y por qué no aprovechamos para encontrarte un marido de buena familia?

Samantha – ¿Un marido? Ah, vale… Me siento como si estuviera en una comedia de salón de finales del siglo XIX.

Juan – Y, sin embargo, esta es de principios del XXI.

María – Al menos tú siempre puedes esperar cambiar de nombre al casarte…

Samantha – Trompeta… Es cierto que un apellido así hace que te den ganas de casarte con el primero que aparece.

María – Yo nunca he conseguido acostumbrarme a llamarme señora Trompeta.

Juan – ¿Qué quieres, María? Ese era el nombre de mis padres, y antes que ellos, de mis abuelos, y antes que ellos…

María – No te lo reprocho, Juan. Pero a unos tales Juan y María Trompeta no los invitan a la alta sociedad. A no ser que sean millonarios.

Juan – O que den recitales de ópera.

María – No estoy segura, Juan, pero creo que, entre gente culta, se dice «recitalos»…

Juan – ¿Y por qué entonces se dice «cereales» y no «cerealos»?

Samantha – ¡Pero nosotros somos ricos! ¡Incluso tenemos un castillo!

María – Sí… Un castillo en ruinas…

Juan – ¡Pero un castillo catalogado!

María – Además de ese apellido imposible, tu padre heredó de sus padres una fábrica de salchichas. Pero Juan Trompeta tampoco es Bill Gates. No podemos tirar el dinero por la ventana.

Samantha – Si al menos tuviéramos ventanas…

Juan – Todo esto cuesta una fortuna, cariño… Y no podemos poner ventanas compradas en Leroy Merlin en la fachada de un castillo donde, al parecer, durmió una noche Felipe IV.

María – ¡En nuestra propia habitación, Samantha! ¡Felipe IV, nada menos!

Samantha – Ah, sí, por cierto, quería deciros que en mi habitación llueve. Menos mal que tengo una cama con dosel… Como esto siga así, voy a necesitar una tienda de campaña.

Juan – De acuerdo. Haré venir a alguien para arreglar el tejado en cuanto hayamos pagado al servicio de cátering.

María – Y los honorarios de ese músico que nos cuesta un riñón.

Samantha – ¿Cómo se llama ese virtuoso?

Juan – Federico Bandoleón.

Samantha – ¿Bandoleón? ¿Y toca el piano?

María – Tu padre se llama Trompeta y vende salchichas. *(Suspira.)* ¡Lo que tuve que quererlo para aceptar convertirme en la señora Trompeta!

Juan – No te quejes, podría haber sido peor… ¿Te acuerdas de aquella asistenta que se llamaba señora Follán?

María – Gracias por recordármela… Hacía tanto honor a su apellido que tuve que despedirla. ¿Es que no te acuerdas?

Juan – La asistenta… Ah, sí, puede que me acuerde…

María – Por cierto, cariño, hemos invitado al señor y a la señora Altibajos de la Plata. Creo que vendrán con su hijo Gonzalo…

Samantha – ¿Gonzalo? ¿Es una broma?

Juan – Estudia Ciencias Políticas en Albacete, pero está pasando las vacaciones con sus padres.

Samantha – ¿Ciencias Políticas en Albacete? ¿Estás seguro de que existe?

Juan – O Empresariales en Cuenca, no me acuerdo bien.

Samantha – ¿Y a eso lo llamáis un buen partido? Bueno, me largo, familia Trompeta.

María – Y, por favor, cariño, ponte algo más elegante para recibir a nuestros invitados.

Samantha – Vale. Me avisáis con un silbido cuando lleguen vuestros invitados, para ver si les gusta la pava…

Samantha se va.

Juan – ¿Has encargado una pava?

María – No…

Juan – Me pregunto si no había un mensaje subliminal…

María – ¿Te das cuenta de que, si se casara con Gonzalo, nuestra hija se convertiría en la señora Altibajos de la Plata? ¡Quizá hasta en baronesa!

Juan – Sí… Aunque no sé si hicimos bien en llamarla Samantha…

María – ¿Por qué?

Juan – No sé… Señora Baronesa Samantha de Altibajos de la Plata…

María – Yo prefería Jennifer. Por lo menos, Jennifer de Altibajos suena casi a nombre de actriz.

Juan – En cualquier caso, este concierto dará a los Trompeta el toque cultural que aún nos falta para ser aceptados en la alta sociedad de Castelardón.

María – El problema de la música clásica es que sale carísima.

Juan – Espero que al menos este tipo cante afinado y toque bien el piano.

María – Nos han garantizado que es un virtuoso, ¿no?

Juan – Y, desde luego, no vamos a ofrecerles un concierto de acordeón.

María – Fíjate que Giscard d'Estaing tocaba muy bien el acordeón. Y a la gente le encantaba.

Juan – Sí, pero Giscard tocaba el acordeón en la tele, para el pueblo llano. No en su castillo, delante de sus amigos aristócratas.

María – De todas formas, Giscard d'Estaing fue lo mejor que le pasó a Francia desde que guillotinaron a Luis XVI.

Juan – Si hubiera vuelto a ganar las elecciones de 1981, en lugar de Mitterrand, otro gallo les habría cantado a los franceses.

María – Hasta podrían haber restaurado la monarquía.

Juan – Por desgracia, Giscard tuvo que abdicar.

María – Y con qué elegancia…

Juan imita la despedida televisiva de Giscard d'Estaing.

Juan – «En estos tiempos difíciles, en que el mal acecha y golpea al mundo, deseo que la Providencia vele por Francia, por su felicidad, por su bienestar y por su grandeza. *(Pausa.)* Adiós…»

Suena la Marsellesa. Juan se levanta y se marcha.

María – Qué hombre… Qué actor… Qué talento…

Juan regresa.

Juan – Toda una época…

María – Hoy en día, la mayoría de los nobles están arruinados… Se ven obligados a vender sus castillos para no verse reducidos a trabajar.

Juan – Por lo menos eso nos permitió comprar el nuestro a buen precio.

María – Desafortunadamente, Juan, hay que reconocer que no tenemos la apariencia ni las maneras de verdaderos señores de castillo.

Juan – Es cierto, María. Hay que ser realistas. Los Trompeta aún no tienen todas las cualidades necesarias para brillar en sociedad. Así que si queremos convencer a alguien de patrocinar nuestra candidatura para el Club…

María – Y encontrarle a Samantha un marido con mocasines de borlas y un apellido kilométrico…

Juan – Tendremos que divertir un poco a toda esta gente si queremos que se quede después del aperitivo.

María – Afortunadamente, encontré la solución.

Juan – ¿Ah, sí?

María – Invité a Truffaldino.

Juan – ¿Truffaldino?

María – Ya sabes, ese pintor del que nos hablaron los Lévi-Strauss.

Juan – ¿Lévi-Strauss? Precisamente BHV habla de él en su último libro, «El bricolaje y la cuestión judía».

María – ¿BHV? ¿Querrás decir BHL?

Juan – Te confieso que me quedé dormido antes de terminarlo. Pero yo creía que Lévi-Strauss había muerto.

María – Creo que estos Lévi-Strauss son más bien parientes del fabricante de vaqueros.

Juan – ¿En serio?

María – Viven en esa villa de estilo grecorromano a las afueras del pueblo.

Juan – Pues no caigo…

María – Pero sí, ya sabes bien. Es Truffaldino quien les pintó ese trampantojo en el fondo de su piscina.

Juan – Ah sí, lo veo ahora… Una reproducción del techo de la Capilla Sixtina…

María – Exacto. Bueno, parece que este Truffaldino es muy divertido.

Juan – Ah sí, parece…

María – Es un hombre muy inteligente y con una cultura inmensa. Al menos eso dicen los Lévi-Strauss.

Juan – Espero que por lo menos cobre menos que el pianista.

María – ¡Qué va! Él lo hace gratis. Estoy segura de que ni siquiera sabe que lo invitan solo para animar las veladas de sociedad. Hemos tenido suerte de encontrarlo libre: está muy solicitado. ¡Hay tantas cenas de sociedad!

Juan – Ya veo. O sea, que estas cenas de Castelardón son lo contrario de «La cena de los idiotas».

María – ¿Cómo?

Juan – Invitamos a este Truffaldino porque tiene ingenio. Y somos nosotros los tontos…

María – Sabes, este tipo fue asistente de Dalí.

Juan – ¿No me digas? ¿El del bigote enorme que salía anunciando chocolate Milka?

María – Incluso dicen que Truffaldino pintó la mayoría de los cuadros del Maestro. El viejo Dalí solo firmaba.

Juan – ¿No?

María – Según la señora Lévi-Strauss, de todos los cuadros de Dalí solo la firma es auténtica.

Entra Fátima, de mayordomo. Viste de etiqueta, tiene unos modales impecables y un aire ceremonioso. Su apariencia es ambigua: el personaje puede ser interpretado por un hombre o una mujer.

María – Ah, Fátima. Entonces, ¿nuestros primeros invitados han llegado?

Fátima – No, señora. Pero ha llamado el señor Bandoleón. Dice que llegará un poco tarde…

Juan – Muy bien, Fátima. ¿Dijo por qué?

Fátima – Su AVE ha sufrido una incidencia con un viajero al salir de la estación madrileña de Atocha.

María – Ya veo… Así llaman a los casos en que un suicida acaba partido en dos por un tren…

Juan – ¡Qué mala suerte tenemos! ¿No podía suicidarse otro día?

Fátima – Ah, el señor Bandoleón también manda decirles que no podrá quedarse mucho tiempo.

María – ¿Y eso por qué?

Fátima – Porque lo esperan también en la casa de la Señora Kowalski.

María – Pero Fátima, ¿qué haría el señor Bandoleón en casa de los Kowalski?

Fátima – ¿No lo sabe la señora? Los Kowalski también ofrecen hoy un aperitivo con bufé. La señora Kowalski me preguntó incluso si podía ir a echar unas horas a su casa esta noche…

María – ¿Esta noche?

Juan – La zorra…

Fátima – Llegó a ofrecerme el doble de lo que cobro por la velada.

María – Y usted se negó a dejarse comprar, Fátima. ¡Bravo! Se lo agradeceremos eternamente. ¿Verdad, Juan?

Juan – Con lo que ya nos cuesta esta fiesta, no puedo darle una propina, pero… *(Rebusca en los bolsillos.)* Tome, esta mañana compré un décimo de lotería. *(Se lo entrega.)* Es para usted. Aunque resulte premiado. ¡La fortuna favorece a los audaces, Fátima!

María – ¡El cien por cien de los premiados había jugado!

Fátima *(cogiendo el décimo)* – Gracias, señor.

María – Puede retirarse, Fátima.

Fátima – Como ordene, señora.

Fátima sale.

Juan – Todavía no entiendo por qué esta criada se viste como un hombre.

María – Porque la contratamos como mayordomo, Juan. Y te recuerdo que nuestra última asistenta se apellidaba Follán…

Juan – Kowalski… Ese apellido me suena. ¿No se dedicaban al mundo del espectáculo?

María – Creo que esa rama de la familia se dedica más bien a los hoteles de lujo. Son los que han comprado el otro castillo de Castelardón.

Juan – Eso es, Kowalski… Otro apellido difícil de llevar… ¿También tienen una hija casadera?

María – Un hijo… Pero es mucho más grave que eso…

Juan – ¿Más grave?

María – Creo que los Kowalski también buscan un padrino para el Club Filantrópico de Castelardón.

Juan – ¡No puede ser! ¿Los Kowalski? ¿Por qué no los Lévi-Strauss, ya puestos? ¡El Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón es como la Real Academia Española!

María – Exactamente. Pero, por suerte, con mucha menos cultura.

Juan – En cualquier caso, como en la Academia, para que quede una plaza libre tiene que morir uno de sus miembros.

María – Y ahora mismo solo hay una vacante.

Juan – ¿Crees que los Kowalski pretenden quitarnos esa plaza?

María – No me sorprendería de esa gente… ¡Solo les interesa el dinero! Si quieren formar parte del Club, es para obtener del alcalde la autorización para convertir su castillo catalogado en un hotel de 4 estrellas y hacer del parque un campo de golf de 18 hoyos.

Juan – ¿Cómo? ¿El alcalde pertenece al Club?

María – ¡Él es el presidente!

Juan – ¿Lo invitaste también, espero?

María – ¡Por supuesto! ¡Si hemos organizado el concierto principalmente en su honor!

Juan – Sí, parece que le gusta mucho la música.

María – La muy zorra… Después de intentar quitarnos a Fátima, ¿crees que los Kowalski se habrán atrevido a sobornar también a nuestro virtuoso?

Juan – Bandoleón… Ese bastardo probablemente espera hacer dos bolos en la misma noche.

María – ¡Qué pesadilla! ¿Cómo se puede confiar en la gente del espectáculo?

Juan – ¿Y si los Kowalski hubieran tenido el descaro de invitar también a los Altibajos de la Plata?

María – Pues a mí tampoco me extrañaría nada. Y, entre nosotros, dicen que los Altibajos de la Plata están completamente arruinados. ¡Se apuntan a todas las mesas con tal de comer!

Fátima vuelve.

Fátima – Acaba de llegar el señor Truffaldino, señor. ¿Qué hago con él?

Juan – Introdúzcalo, Fátima.

Fátima – ¿Que lo introduzca…?

María – ¡Que lo haga pasar!

Fátima sale.

Juan – Al menos, Truffaldino está aquí. Nos reiremos un poco.

Truffaldino llega, disfrazado de bufón.

Truffaldino – Señor Trompeta. Señora, mis respetos…

Juan – Buenas noches, Truffaldino… Su fama le precede. Nos han hablado maravillas de usted…

Truffaldino – Me encantaría poder decir lo mismo, pero por desgracia nunca había oído hablar de usted, señor Trompeta.

Juan – Fabrico salchichas de marca blanca para los supermercados.

Truffaldino – Ah, con razón no me sonaba su nombre… La verdad es que su invitación me sorprendió muchísimo. Se lo agradezco de corazón.

Juan – Pero por supuesto, Truffaldino. ¡Y llámeme Juan, por favor!

Truffaldino – Buenas noches, señora Trompeta.

María – Si me permite, prefiero que también me llame María.

Juan *(observando el atuendo de Truffaldino)* – Dígame, querido amigo… Le hemos invitado para entretener un poco a nuestros invitados hasta el concierto, pero ¿no cree que se ha pasado un poco?

Truffaldino – ¿Un aperitivo con concierto? Yo creía que era una fiesta de disfraces…

María – ¿Una noche de disfraces?

Truffaldino – Como en la invitación ponía «Aperitivo con bufón», pensé que se trataba de una fiesta de disfraces…

María – Así que se ha presentado vestido de bufón.

Juan – Es gracioso…

María – Bueno, ha sido un malentendido. No pasa nada.

Truffaldino – En cualquier caso, les agradezco que me hayan invitado. Últimamente estoy muy deprimido, con todo lo que me está pasando…

Juan – ¿Lo que le está pasando? ¿Y qué le está pasando, amigo mío?

Truffaldino – Mi esposa acaba de dejarme.

María – ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bueno!

Juan – Es impagable, ¿verdad? *(Al ver por la expresión de Truffaldino que no está bromeando)* ¿En serio?

Truffaldino – Sabía que tarde o temprano acabaría así, pero aún esperaba un milagro… Íbamos a celebrar nuestro aniversario de boda, ¿se lo pueden creer?

Juan *(en voz baja a María)* – ¿Estás segura de que es el Truffaldino correcto?

María – Si alguien te habla de un tal Truffaldino que vive en Castelardón, ¿lo primero que se te ocurre es pensar que puede haber dos?

Juan – Voy a intentar averiguarlo discretamente… ¿Y qué tal le va con la pintura, amigo? Porque si le va como a las salchichas…

Truffaldino – ¿Pintura? ¡Ah, sí, tiene razón! Podría pintar de nuevo mi casa. Me vendría bien para distraerme. ¿Conoce a algún buen pintor?

Juan – Entonces, usted no es pintor.

Truffaldino – ¿Pintor? Qué idea más rara. No… Soy contable.

María – ¡No, Juan, un contable! Se acabó la fiesta… ¿Puede haber alguien más deprimente que un contable en una velada?

Juan – No lo sé… ¿Un informático o un dentista?

Fátima vuelve.

Fátima – Los primeros invitados de los señores acaban de llegar.

Juan – ¿Los primeros invitados? ¿Quiénes son?

Fátima – No pregunté… ¿Debía hacerlo?

María – ¡Hágalos pasar, Fátima! ¡Hágalos pasar! Esto es un desastre…

Entran Edmundo y Victoria Altibajos de la Plata, precedidos por Fátima, que los anuncia ceremoniosamente.

Fátima – El señor Barón Altibajos de la Plata y la señora Baronesa.

Juan – Al menos, estos no están en casa de los Kowalski… Pero entren, por favor.

Victoria – Nos hemos permitido venir con nuestro hijo, Gonzalo.

Juan – Ah sí, Gonzalo, muy bien.

María – ¿Y dónde está?

Victoria – Está aparcando el Bentley. Ya se sabe cómo son estos coches: comodísimos, pero imposibles de aparcar entre dos vehículos…

Edmundo – Por desgracia, ya no podemos permitirnos un chófer de uniforme.

Victoria – Uno que se pasaría toda la velada muerto de asco en el aparcamiento, esperando dentro del coche mientras nosotros nos ponemos morados a canapés gratis.

María – Sí, la crisis afecta a todo el mundo.

Victoria – Para nosotros, la crisis empezó en 1789…

Edmundo – El comienzo del fin de los privilegios para la nobleza en Francia…

Juan – Uno de los grandes defectos de la Revolución francesa.

María – En cualquier caso, han hecho muy bien en traer a su hijo. A Samantha le encantará conocerlo…

Edmundo – Tiene usted un castillo precioso, señor Trompeta. Y me resulta muy familiar, aunque haya dejado de pertenecer a mi familia…

Juan – Sí, ese montón de escombros me costó un huevo, pero creo que hice un buen trato.

María – Pero no sabíamos que…

Victoria – Por desgracia, ahora solo lo poseemos en los cuadros…

Edmundo – ¿No les dijeron que había pertenecido a mis antepasados?

Juan – Pues no, lo ignoraba…

María – En ese caso, podría volver a formar parte de su patrimonio familiar…

Victoria – Vaya, vaya…

María – Después de todo, tenemos hijos de la misma edad y de sexos diferentes…

Juan – ¡Y además somos vecinos!

Edmundo – Eso demuestra que se puede ser vecino de alguien y pertenecer a mundos distintos…

Victoria nota a Truffaldino.

Victoria – Pero aún no nos han presentado al señor…

Juan – Ah sí, es verdad, casi lo olvidaba…

María *(en voz baja a Juan)* – ¿Cómo deshacernos de este tonto y hacer venir al verdadero Truffaldino?

Juan – ¿El verdadero?

María – ¡El que es divertido!

Juan – Les presento a… Truffaldino… Es contable…

Truffaldino – Buenas noches, señor barón. Señora baronesa.

Edmundo – Parece a punto de suicidarse, amigo mío. ¿Deformación profesional o le han aburrido ya los Trompeta? Porque, si es así, no nos quedaremos mucho tiempo.

Victoria – Mi esposo está bromeando, por supuesto…

Edmundo – ¿Y qué puede deprimir tanto a un contable? ¿Se le ha estropeado la calculadora?

Truffaldino – Mi esposa acaba de dejarme.

Victoria – Ah sí…

María – Es una catástrofe…

Juan – ¿Quieren que les enseñe el castillo?

Edmundo – Me encantará volver a verlo… ¿Sabían que Franco durmió aquí una noche, en 1938?

Juan – Vaya, ¿me habían dicho Felipe IV…?

Victoria – Felipe IV, Franco… Ya saben cuántas tonterías se cuentan para vender un castillo en ruinas.

Edmundo – Si fue el agente inmobiliario quien les habló de Felipe IV, les tomó el pelo, amigo mío.

Juan – Por aquí, por favor…

María – Discúlpenme, todavía tengo que terminar algunos preparativos…

Juan – Claro que sí. Solo es un aperitivo, no una cena, pero bueno…

María – Una cena… No nos lo permitiríamos.

Juan – Todavía no.

Juan se va con Edmundo, Victoria y Truffaldino. María saca su teléfono y marca un número.

María – ¿Señora Lévi-Strauss? Soy María… Sí, María Trompeta. La llamo por ese Truffaldino que nos recomendó. El suyo era pintor, ¿no? ¿No era contable? Ya veo… Qué confusión tan espantosa…

Sale hablando por el móvil. Fátima regresa con Gonzalo, vestido con polo Lacoste, pantalón de pinzas y mocasines de borlas.

Fátima – Discúlpeme, señor, la señora Trompeta estaba aquí hace un momento…

Gonzalo – La esperaré.

Fátima – Muy bien. Voy a informar a los señores…

Fátima se va. Suena el teléfono móvil de Gonzalo.

Gonzalo – ¿Sí? ¿Señora Kowalski? No, quiero decir… Mire, estamos en casa de los Trompeta y… Sí, claro, le agradecemos la invitación, pero… Bueno, intentaremos pasarnos después del concierto… ¿Cómo que no lo sabía? El señor Bandoleón dará un recital esta noche en casa de los Trompeta… Ah, ¿en su casa hay un digestivo musical? De acuerdo… Hasta luego…

Guarda su teléfono móvil. Llega Samantha. Ha cambiado su atuendo gótico por uno más sexy, casi vulgar. Samantha se sorprende al encontrarse cara a cara con Gonzalo.

Samantha – Ah… Perdón… Estaba buscando a mis padres…

Gonzalo – Gonzalo Altibajos de la Plata. Pero si prefiere, puede llamarme Gonza…

Samantha – Samantha Trompeta. Pero puede llamarme con un silbido, si lo prefiere…

El otro se siente un poco desconcertado.

Gonzalo – Perdone, yo… En la invitación no indicaban que hubiera que venir disfrazado.

Samantha – Ah… No se lo dijeron… Lo siento, no es una fiesta temática…

Gonzalo – Pero yo…

Samantha – Vale, metí la pata… O sea, que no va disfrazado. Pensé que venía de jugador de minigolf.

Gonzalo – No me lo tenga muy en cuenta… Yo ya nací así…

Samantha – Ya veo… Un linaje tan largo debe de ser una pesada herencia.

Gonzalo – ¿Y a usted tampoco la avisaron?

Samantha – ¿De qué, querido?

Gonzalo – Que esto no es una fiesta temática.

Samantha – Bueno, no… Yo me había disfrazado de… prostituta. Pero, si lo prefiere, voy a cambiarme…

Gonzalo – No, no, le queda muy bien… Quiero decir…

Los Trompeta y los Altibajos de la Plata regresan.

María – Ah, muy bien. Entonces ya se han conocido…

Samantha – Hola. Sí, su hijo es todo un caballero. Estaba alabando mi atuendo…

Edmundo – Buenas noches, señorita. Mi hijo tiene toda la razón. ¡Qué vestido tan encantador!

Victoria – Sí. Es de muy buen gusto, realmente.

Edmundo – ¿Y a qué se dedica la señorita?

Victoria – ¿Va a retomar la fábrica de salchichas de papá?

Samantha – Estoy estudiando tanatopraxia.

Edmundo – Ah, sí… Tanatopraxia… Muy bien, muy bien…

Victoria – ¿Eso no es algo parecido a la quiropráctica?

Samantha – En realidad, se parece más a trabajar en una funeraria.

Edmundo – Ya veo…

María – Discúlpenme un momento. Voy a ver qué hace la asistenta con los aperitivos…

Samantha – Voy contigo… *(En voz baja, a su madre.)* Lo que sea con tal de no pasar ni un minuto más con esos degenerados. ¿Por qué no guillotinaron a sus antepasados durante la Revolución?

María y Samantha salen.

Edmundo – Así que, Juan, con ese apellido, ¿se dedica usted a fabricar trompetas?

Juan – Pues no… A fabricar salchichas…

Edmundo – Ah, sí… Salchichas de Toulouse, de Estrasburgo, de Morteau…

Juan – También vendemos en el extranjero.

Edmundo – Entiendo: salchichas de Frankfurt, merguez, chipolatas… Muy cosmopolita todo.

Juan – ¿Y usted, señor barón?

Edmundo – Podría decirse que me dedico al sector inmobiliario.

Juan – ¿Tiene una agencia inmobiliaria en la ciudad?

Edmundo – La verdad es que solo vendo mis propiedades y las joyas de la familia… Y pronto nos quedaremos sin existencias.

Juan – Les dejo por un momento… Como saben, estamos esperando a un virtuoso… No sé qué estará haciendo…

Victoria – Pero por supuesto.

Juan sale.

Victoria – Te lo dije. Tienen su gracia, ¿verdad?

Edmundo – Un vendedor de salchichas… Lo único que faltaba… ¿Son ricos, al menos?

Victoria – No tanto, según parece.

Gonzalo – Al menos tuvieron dinero para comprar el castillo de tus antepasados.

Victoria – Pero no para restaurarlo…

Edmundo – ¿Crees que aún podemos esperar sacarle algo de dinero a ese tonto que vende salchichas?

Victoria – ¿Piensas proponerle invertir en tu negocio de aerogeneradores?

Edmundo – El viento es todo lo que nos queda para vender. Aparte de nuestro nombre, por supuesto. En la persona de nuestro querido hijo…

Gonzalo – Gracias por mí…

Edmundo – Bueno, desplacémonos hasta el bufé… ¿No tenéis hambre?

Victoria – Afortunadamente, aún quedan bufés, de lo contrario, los Altibajos de la Plata ya estarían muertos de inanición desde hace mucho…

Truffaldino regresa.

Truffaldino – ¿Les dije por qué mi esposa me dejó?

Edmundo – A decir verdad, no, amigo mío, pero nos divertiría bastante enterarnos.

Truffaldino – Mi esposa sufre de ninfomelomanía.

Victoria – ¡Vaya! Es la primera vez que oigo hablar de esa enfermedad. ¿Es grave?

Truffaldino – Sobre todo resulta muy embarazoso para la familia…

Gonzalo – ¿Y cuáles son los síntomas, si me permite preguntar?

Truffaldino – Pues cuando va a un concierto —y por desgracia no puede evitar ir todas las semanas—, a mi mujer le entra un deseo irrefrenable.

Victoria – ¿Un deseo?

Truffaldino – Sobre todo cuando el concierto es bueno, evidentemente.

Gonzalo – ¿Pero se refiere usted a deseos de…?

Truffaldino – De acostarse con los músicos, sí. Especialmente con los virtuosos, por supuesto.

Victoria – ¿Una melómana a la que la música clásica vuelve ninfómana?

Truffaldino – De ahí el nombre de esta extraña afección.

Edmundo – La ninfomelomanía…

Victoria – ¿Y han consultado a un médico? Me refiero a su esposa…

Truffaldino – Por desgracia, es incurable. Y, como no es mortal, la medicina no se toma demasiado en serio esta enfermedad, como comprenderán.

Edmundo – ¡Santo cielo!…

Truffaldino – El problema es que hay quien se aprovecha.

Edmundo – ¿De qué, amigo mío?

Truffaldino – ¡De mi esposa! Al principio, solo eran orquestas de cámara.

Victoria – ¿Orquestas?

Truffaldino – Mi mujer empezó engañándome con un cuarteto de cuerda, luego un quinteto y un sexteto. Ahora podría ser la Filarmónica de Viena o la banda de la Guardia Real…

Edmundo – ¡Santo cielo!…

Truffaldino – Me dejó ayer para salir de gira con los Coros del Ejército Rojo.

Victoria – Los Coros del… Ah sí, desde luego…

Truffaldino – Lo que significa que yo también estoy ahora afectado por una fobia.

Victoria – Una fobia… Y ¿cuál, querido amigo?

Truffaldino – Tan pronto como veo a un músico o escucho música clásica, me dan ganas de matar.

Gonzalo – ¿De verdad?

Truffaldino – Siento una aversión especial por los contrabajistas. Cuando veo a uno con el instrumento entre las piernas, manoseándole las cuerdas con el arco, se despierta la fiera que llevo dentro.

Gonzalo – Joder…

Truffaldino – Pero odio especialmente a los pianistas, no sé por qué. Especialmente cuando tocan un piano de cola. Me dan ganas repentinas de cortarles…

Victoria – ¿La cola?

Truffaldino – ¡La cabeza!

Victoria – Ah, sí, por supuesto.

Truffaldino – Siempre tengo una motosierra en el maletero.

Edmundo – Bueno…

Victoria – Bien…

Edmundo – Encantado de haberlo conocido, querido señor.

Victoria – Vamos a dar un paseo por la piscina, creo que es donde está el bufé, y no hemos comido nada en tres días.

Truffaldino – Ahora voy con ustedes. Gracias por escucharme, de verdad. Me ha venido muy bien. Pero primero tengo que tomarme las pastillas…

Victoria – Muy bien, nos vemos más tarde, entonces…

Edmundo – En fin, creo que esta noche debería ser bastante animada.

Edmundo, Victoria y Gonzalo salen. Truffaldino saca un frasco de pastillas del bolsillo, pero le tiemblan tanto las manos que se le cae detrás de un arbusto. Va a recogerlo. Entran Juan y María sin verlo.

María – ¿Has conseguido localizar al verdadero Truffaldino?

Juan – Sí, y lo he invitado a venir. Ha sido un poco precipitado, pero no parece haberse ofendido. Estará aquí enseguida.

María – Bueno, entonces todo se arregla.

Juan – Sí, la noche está bien encaminada, ¿verdad?

María – Solo nos queda librarnos del otro pesado.

Juan – ¿Quién?

María – ¡El contable!

Truffaldino se acerca a ellos.

Truffaldino – Ah, señor y señora Trompeta…

Los Trompeta dan un respingo.

María – ¡Qué susto nos ha dado!

Truffaldino – ¿Les dije que mi esposa sufría de una horrible enfermedad?

Juan – Escúcheme, amigo, ahora no es el momento. Su mujer lo ha dejado, vale. ¡Mire el lado positivo!

María – ¡Ahora vuelve a estar soltero! ¡Intente distraerse!

Juan – ¡Disfrute de la piscina!

Truffaldino – No sé nadar.

María – ¡Qué cruz!

Samantha llega.

María – ¡Ah, Samantha, justo a tiempo! ¿Le enseñas el bufé a este señor? *(En voz baja, a Samantha.)* Si de paso pudieras empujarlo a la piscina y conseguir que se ahogara, te doblaría la paga este mes…

Samantha – Veré lo que puedo hacer.

Truffaldino *(a Samantha)* – Buenas noches, señorita. ¿Le he contado que mi mujer me estaba engañando con los Coros del Ejército Rojo?

Samantha – No. ¿Le he dicho que soy tanatopractora?

Samantha sale con Truffaldino.

María – ¿Y el virtuoso?

Juan – Todavía no está aquí. No sé qué está haciendo…

María – Exigió viajar en primera. Espero que por lo menos no haya perdido el AVE.

Fátima regresa con Federico Bandoleón.

Juan – Ah, justo, aquí está…

María – Parece más gordo que en la foto, ¿no?

Juan – ¡Señor Bandoleón! ¡Solo esperábamos su llegada para empezar la velada!

Bandoleón – Buenas noches, señor Trompeta. Señora, mis respetos. *(Le besa la mano.)* Lamento llegar un poco tarde.

María – Espero que al menos haya tenido un buen viaje.

Bandoleón – Muy bien, gracias. Aunque últimamente una admiradora me está acosando, literalmente.

María – Lo que es la celebridad…

Bandoleón – Me siguió hasta Atocha y amenazó con tirarse a las vías si no cedía una vez más a sus insinuaciones…

Juan – ¿Nuevamente…?

Bandoleón – No debería contarlo, pero ha pasado ya por casi toda la orquesta.

Juan – ¡Vaya, vaya!

Bandoleón – Empezó por los metales, siguió por las cuerdas y acabó en la percusión…

María – Pensé que solo en los conciertos de rock las mujeres lanzaban sus tangas a los músicos. ¿También pasa esto en la ópera?

Bandoleón – Me siguió hasta los aseos del AVE. Quería que la poseyera contra el secador eléctrico de manos. Pero yo soy pianista, no contorsionista.

Juan – ¿No…?

Bandoleón – Hicieron falta tres revisores para sacarla del vagón… Total, que salimos con retraso. De ahí este contratiempo, por el que les pido disculpas.

María – Lo importante es que está aquí.

Bandoleón – Precisamente sobre eso quería…

Juan – Pero ¿no trajo su instrumento?

Bandoleón – ¿Cómo quiere que transporte un piano de cola en un tren?

Juan – Ah, sí, claro…

Bandoleón – ¿No tienen piano? Porque eso sí que supondría un problema, precisamente…

Juan – Era una broma… ¡Claro que tenemos piano! *(A María.)* Tenemos que conseguir uno… ¡Ni siquiera había pensado en eso!

María – Ah, yo tampoco.

Juan – Bandoleón… Su apellido me ha llevado a engaño…

Bandoleón – De todos modos, lamento mucho decir que… no podré quedarme mucho tiempo.

Juan – ¿Cómo dice?

Bandoleón – Le había prometido a la señora Agopian, una vieja amiga…

María – Creía que era la señora Kowalski.

Bandoleón – Kowalski, sí… Agopian es mi dentista. Se me había olvidado que le prometí tocar esta noche en su casa…

Juan – ¿Se lo había prometido?

María – ¿Cuánto?

Bandoleón – Bueno, es que…

Se inclina para susurrarle el número a Juan.

Juan – Le ofrezco el doble.

Bandoleón – No sé si…

Juan – El triple.

Bandoleón – Ahora mismo llamaré a la señora Polanski para cancelar.

Saca su teléfono móvil y marca un número.

Bandoleón – ¿Sí? ¿Señora Kawasaki?

Sale.

María – El triple de qué, exactamente?

Juan le susurra algo al oído.

María – Ah, sí, vaya…

Fátima llega.

Fátima – Ha llegado un segundo señor Truffaldino.

Juan – Bueno, ¡introdúzcalo, introdúzcalo!

Fátima sale.

María – ¡Truffaldino, estamos salvados! La velada finalmente puede comenzar…

Entra el segundo Truffaldino, que en realidad se llama César, con aire de artista, acompañado de su amiga Rosalía, de aspecto etéreo.

César – Querido Trompeta, ¿me reconoce?

Juan – No.

César – Yo tampoco. Deduzco que es la primera vez que nos vemos.

Juan – ¿Pero cómo debería llamarle para no confundirlo con el otro?

César – ¿El otro?

María – El otro Truffaldino.

César – Puede llamarme César.

Juan – ¿Por qué habría de llamarlo César?

César – Porque me llamo César.

Juan – ¿Se llama César? Pero es un pintor, ¿verdad?

César – Sí, claro.

María – Nos asustó.

Juan – César… Me habré confundido… César, Truffaldino… Se parecen un poco, ¿no?

César – Les presento a Rosalía, la autora de la obra de teatro que estamos representando actualmente.

Juan – Ah, sí, encantado de conocerla.

Rosalía – Señor Trompeta, encantada. Admiro mucho lo que hace.

Juan – Hago salchichas.

Rosalía – Precisamente a eso me refería. Señor Trompeta, su fama como fabricante de salchichas le precede. Espero que esta noche tenga a bien ofrecernos alguna…

Juan – Bueno, si insisten, siempre podemos improvisar una barbacoa.

Rosalía – Apuesto a que también aprecian una buena sangría.

María – Bueno, no lo teníamos previsto, pero…

Rosalía – Pero la sangría no se improvisa. Es como las fosas sépticas o las cenas de sociedad: para que todos los ingredientes desprendan su aroma, hay que dejarlos macerar bastante tiempo.

Juan – Veré lo que puedo hacer por la sangría.

Rosalía – Sí, porque si no, sería una decepción.

César – Como comprenderán, no hemos venido esta noche para escuchar a la Castafiore.

Juan – ¿La Castafiore?

César – ¡Bandoleón!

Rosalía *(a César)* – Son realmente muy tontos.

María *(a Juan)* – Reconoce que son divertidos, ¿no?

Juan – Más que el contable, en cualquier caso…

María – Más divertidos, imposible. Eso mismo nos dijeron los Lévi-Strauss.

Rosalía – ¿Conocieron personalmente a Lévi-Strauss?

Juan – Sí, tuve ese privilegio. Un hombre divertidísimo, ¿no cree?

Rosalía – Pues en vida no era eso precisamente lo que más se le admiraba…

María – Estamos hablando del que hizo pintar el techo de la Capilla Sixtina en el fondo de su piscina, ¿verdad?

César – No sé… Intento imaginarme a Lévi-Strauss en bañador, junto a su piscina…

Rosalía – Me temo que nos vamos a aburrir enseguida aquí.

César – Señor Trompeta, como pintor, permítame decirle que tiene un rostro muy expresivo.

Juan – Gracias…

César – En cuanto a usted, señora Trompeta, su rostro refleja una nobleza natural que desmiente categóricamente lo ridículo de su apellido.

María – Gracias.

César – ¿Les gustaría que les hiciera un retrato a ustedes y a su familia?

María – ¿Nuestra familia?

César – Ustedes tienen una hija, ¿verdad?

María – Sí.

Rosalía – Un retrato de la familia Clarinete.

Juan – Es Trompeta.

César – Podrían colgarlo en la gran escalera de su castillo junto a los de sus antepasados.

Juan – No sé yo… ¿Es muy caro?

César – Sería una pieza única. Y, por supuesto, deducible del impuesto sobre el patrimonio.

Fátima vuelve.

Fátima – Han llegado el señor y la señora Badmington. Como me han dicho que los presente…

César – El querido Badmington. ¿Saben que fue embajador de Panamá en el Vaticano?

María – Es precisamente por eso que lo invitamos.

Entran el señor y la señora Badmington. Él viste de blanco, con sombrero de ala ancha; ella lleva ropa de estilo latino.

María – Sean bienvenidos a nuestra humilde morada en ruinas.

Gregory – Gracias. Es un castillo de época, ¿verdad?

Juan – Exacto.

Gregory – ¿Pero de qué época exactamente?

Juan – Ahí me ha pillado. En cualquier caso, el Generalísimo durmió en mi cama.

Conchita – Espero que no con su esposa…

María – Señora Badmington, supongo.

Conchita – Encantada. Pero llámeme Conchita, por favor.

Juan – ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué iba a llamarla Conchita? ¿Quiere que le encarguemos la limpieza?

María – Ya tenemos una empleada que se llama Fátima.

Conchita – Conchita, ¡porque es mi nombre! Conchita de Borbón Badmington. Señor Trompeta, descendemos en línea directa de Luis XIV.

Rosalía – Por la rama del servicio doméstico, supongo…

Juan – ¿Luis XIV? ¿Quiere decir el Rey Sol? ¿Te das cuenta, María?

María – Ah, sí, vaya…

Conchita – El Rey de España es primo lejano de mi padre.

María – Es verdad que Panamá no está precisamente a la vuelta de la esquina.

Gregory – Mi mujer es muy susceptible en todo lo que se refiere a su árbol genealógico.

María – Y usted, señor Badmington, ¿supongo que sus antepasados inventaron ese noble deporte?

Gregory – ¿Qué juego?

María – El juego de raqueta.

Gregory – No crea que va tan desencaminada, Trompeta. «Raqueta» y «Panamá» son palabras que combinan muy bien… y el otro «racket», el chantaje, tampoco fue ajeno a la fortuna que amasó mi padre bajo el general Noriega.

Juan – Noriega… Ese nombre me suena…

Conchita – Un narcotraficante condecorado por el presidente francés François Mitterrand con la Legión de Honor.

María – Vaya, estupendo…

Gregory – Y Mitterrand había recibido la Francisca de manos del mariscal Pétain…

Juan *(en voz baja a María)* – Te dije que eran gente muy decente…

Conchita – Y dígame, señor Trompeta, ¿tienen siquiera un fantasma en el castillo?

María – Todavía no, señora Badmington…

Juan – Que sepamos, no…

Conchita – Qué pena. Un castillo encantado daría mucho más carácter a esta ruina.

María – Un fantasma… No sé… tendría que ocurrir un crimen horrible.

Conchita – Nunca se sabe, tal vez sea esta noche.

Gregory – En cualquier caso, si alguna vez venden su castillo, avísenme.

María – ¿Piensa instalarse definitivamente en la región?

Gregory – No, quería desmontar todas estas piedras, embarcarlas rumbo a Panamá y reconstruir el castillo en el parque de nuestro rancho de Ciudad de Panamá.

Juan se echa a reír.

Juan – Muy gracioso.

Pero al parecer, los Badmington no están bromeando.

Gregory – En cualquier caso, gracias por invitarnos. Estamos deseando escuchar al maestro Bandoleón.

Conchita – Pero todavía no nos han dicho cuál es el programa…

María – ¿El programa de la velada? Pues empezaremos tomando el aperitivo…

Gregory – ¡El programa del concierto! ¡El Maestro! ¿Qué nos va a cantar?

María – Ah… Bueno… Creo que es una sorpresa.

Juan – Teniendo en cuenta lo que cobra, supongo que interpretará los grandes éxitos de la ópera.

Samantha llega.

María – Y aquí está nuestra hija Samantha.

Gregory – Buenas noches, señorita Trompeta.

Juan – Samantha les enseñará dónde sentarse para el concierto, junto a la piscina.

Samantha – Se admiten propinas. ¡No se olviden de la acomodadora!

María – Hemos montado el escenario sobre el trampolín de cinco metros. Así todo el mundo verá bien.

Conchita – Entonces al maestro no le quedará más remedio que tirarse de cabeza.

Juan – Samantha, ¿has visto al virtuoso?

Samantha – No…

María – Aunque es bastante corpulento.

Samantha – Por aquí, señor, señora… ¿Desean adquirir el programa?

Samantha sale con Gregory y Conchita.

Juan – ¿Dónde se habrá metido Bandoleón?

Rosalía – Ya nos estamos aburriendo.

Juan – Les recuerdo que los hemos invitado precisamente para que nos hagan pasar un buen rato.

María – Voy a ir a ver…

María sale.

César – Los Badmington son gente muy influyente, ¿saben?

Juan – ¿Cree que podrían apadrinar nuestra candidatura al Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón?

César – Desde luego. Se dice incluso que los Badmington juegan al tenis con los Obama.

Juan – ¿En dobles mixtos?

César – El padre de Conchita conoció bien al general Pinochet. Un día ella me enseñó una fotografía de Mussolini firmada y dedicada, que había heredado de su abuelo.

Juan – Es fantástico.

María vuelve acompañada de la señora Renata Kowalski.

María – La señora Kowalski nos honra con una visita de cortesía…

Juan – ¡Señora Kowalski! ¡Qué sorpresa!

Renata – Muy buenas noches… Pero llámenme Renata, por favor.

María – ¿Renata? Pensé que el diminutivo de Kowalski sería Kowal…

Renata – No, Renata es mi nombre de pila. Renata Kowalski.

María *(aparte, a Juan)* – Menudo apellido… *(A Renata.)* ¿Y a qué debemos el placer de su visita, Renata?

Renata *(entre dientes)* – A un viento de mala leche, zorra…

María – ¿Cómo dice?

Renata – Nada, decía que pasaba a saludar. Somos vecinos, al fin y al cabo. Y entre castillo y castillo podemos hacernos pequeños favores, ¿no?

María – ¡Por supuesto!

Juan – Quédese un rato con nosotros. Hemos contratado al señor Bandoleón para que interprete algunas arias. Creo que usted lo conoce…

Renata – Sí, claro… De hecho, no entiendo nada. Se suponía que esta noche iba a tocar en mi casa…

María – ¿De veras? Qué extraño… Debe de haber habido un malentendido…

Renata agarra de repente a María por el cuello.

Renata – ¡Zorra! Le juro que se arrepentirá si no me devuelve inmediatamente a Bandoleón. Y le advierto que estoy dispuesta a matar para conseguir la plaza que ha quedado libre en el Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón…

María – Vamos, la violencia no arregla nada… Seguro que encontramos una solución.

Renata suelta a María, recupera la compostura y vuelve a un tono más suave.

Renata – Mientras tanto, si me disculpan, tengo que hablar con el señor Bandoleón…

María – Por supuesto… El concierto comenzará enseguida. Pase, es por aquí.

Juan, María y Renata salen.

Rosalía – Entre los ricos de toda la vida y los nuevos ricos, no sé con cuáles quedarme.

César – Al menos los nuevos ricos tienen dinero. Si no, los Trompeta nunca habrían podido ofrecer un recital de Federico Bandoleón.

Rosalía – Hay que reconocer que los Trompeta han tenido olfato. Bandoleón está en la cumbre de su arte.

César – Los cerdos truferos también tienen olfato, pero ¿qué pasaría si les dejásemos comerse las trufas? *(Suspira.)* En la cumbre de su arte…

Rosalía – Bueno, de momento está en lo alto del trampolín.

Salen. Juan y María regresan.

Juan – Ya está. He encargado un piano.

María – ¿Cómo lo hiciste?

Juan – Piano Presto. Lo he encontrado por internet. Los dos repartidores llegarán de un momento a otro. Es increíble, ahora te traen un piano a domicilio como si encargases una pizza.

María – Estupendo. Pero ¿dónde estará ese virtuoso?

Se escucha el ruido de una motosierra.

María – ¿Qué es ese ruido?

Juan – ¡Fátima!

Fátima llega.

Fátima – Señor.

Juan – ¡Dígale al jardinero que no es momento de ponerse a talar árboles con la motosierra ni de recortar los setos! El concierto está a punto de empezar.

Fátima – Enseguida, señor. Voy a ver…

Fátima sale.

María – No sabía que teníamos un jardinero.

Juan – Yo tampoco, eso es lo que me preocupa…

Samantha regresa.

María – Entonces, querida, ¿todo está bien?

Samantha – Sí, gracias.

María – Quería decir… con Gonzalo. ¿Qué te parece?

Samantha – Que quede claro, mamá. No tengo nada contra los matrimonios concertados, pero no me casaré por obligación con un tío que lleva mocasines de borlas.

Juan – En fin, querida, ¡es un Altibajos de la Plata! ¡Sus padres son miembros del Club!

Fátima regresa.

Fátima – Hemos encontrado a Bandoleón.

Juan – ¡Ah, menos mal! ¿Y dónde está?

Fátima – ¡En la piscina!

María – ¿Se lanzó a la piscina?

Juan – ¿Desde el trampolín de cinco metros?

María – ¡El concierto debe comenzar en un instante! ¡No es momento para un chapuzón!

Fátima – Por desgracia, el señor Bandoleón ha exhalado su último suspiro, señora.

Juan – ¿Cómo que su último suspiro? ¿Quiere decir que ha muerto?

Rosalía pasa como un zombi.

Rosalía – Seguro que murió de aburrimiento.

Fátima – Está en la piscina, con el cuerpo a un lado y la cabeza al otro. El agua está roja de sangre, como una sangría gigantesca…

María – ¡Dios mío, no! ¡Habíamos dicho que nada de sangría!

Juan – Vamos a verlo de cerca… A lo mejor aún estamos a tiempo de volver a unir las piezas…

Fátima, Samantha, Juan y María salen. Truffaldino, con una motosierra en la mano, y Renata, el vestido manchado de sangre, regresan.

Truffaldino – Me temo que me dejé llevar un poco.

Renata – ¿Un poco? ¡Le ha cortado la cabeza!

Truffaldino – Usted también lo sostenía por los pies…

Renata – ¡Solo quería obligarlo a cumplir su contrato!

Truffaldino – ¿También se acostaba usted con él?

Renata – ¡Tenía que dar un concierto en mi casa! Ahora lo veo bastante más complicado, desde luego.

Truffaldino – Fue usted quien me pidió que la ayudara…

Renata – ¡Que me ayudara a detenerlo, sí! ¡No que lo partiera en dos! ¿Por qué lo ha hecho?

Truffaldino – Lo reconocí de inmediato. Es el amante de mi esposa. Bueno, él y la mitad de la Orquesta de la Ópera.

Renata – ¿Bandoleón, está seguro?

Truffaldino – Si no es él, entonces es su hermano. Un buen músico es un músico muerto, créame.

Renata – Muy bien… ¿Y ahora qué hacemos?

Truffaldino – ¿Y si aprovechamos el bufé? Una copa de vino nos calmará los nervios. No sé si se lleva bien con mi medicación, pero bueno…

Renata – Después de todo… Tiene razón. Vistas las circunstancias…

Truffaldino – Actuemos como si nada hubiera pasado.

Renata – ¿Como si nada? ¡Lo ha decapitado en el trampolín de cinco metros, ante todos los invitados al concierto!

Truffaldino – Diremos que fue un accidente.

Renata *(señalando la motosierra)* – Será mejor que guarde eso antes de acercarse al bufé.

Truffaldino – Tiene razón… La guardaré en el maletero… Todavía puede ser útil…

Salen. Los Badmington regresan.

Gregory – Entonces, ¿qué opinas del charcutero y su morcilla?

Conchita – ¿Los Trompeta? Un poco… grasientos, ¿no?

Gregory – Es lo que tiene pasarse la vida entre salchichas…

Conchita – Y con tanta grasa de cerdo… En cualquier caso, tienen un castillo precioso…

Gregory – Yo lo veo estupendo en el parque de nuestro rancho de Ciudad de Panamá. ¿Tú qué dices?

Conchita – No sabíamos qué regalarnos para nuestro aniversario. Nos traerá recuerdos de Europa.

Gregory – El castillo ya está en ruinas, será más fácil desmontarlo. ¿Crees que aceptarían vendérnoslo?

Conchita – Si les prometemos apadrinarlos para entrar en el Club, se pondrán muy contentos.

Gregory – ¿Te hablaron de eso?

Conchita – ¡Estarían dispuestos a vender a su hija para formar parte del Club!

Gregory – Pero a esa gente no podemos admitirla entre nosotros.

Conchita – ¿Te imaginas? Juan Trompeta, fabricante de salchichas, miembro del Club Filantrópico de Castelardón.

Gregory – Si al menos vendiera muchas…

Conchita – Tienes razón. Cuando se facturan más de cien millones, la salchicha y la hamburguesa se convierten en productos nobles.

Gregory – Hoy día, apellidos como Herta o McDonald's casi son títulos nobiliarios.

Conchita – Pero de todos modos… Trompeta…

Gregory – Esa gente no es de los nuestros, está claro. ¿Has visto cómo visten?

Conchita – Estoy de acuerdo contigo…

Gregory – Esta gente es vulgar…

Conchita – ¿Y qué hacemos con el castillo? Para trasladar un monumento histórico a Panamá necesitaríamos, como mínimo, permiso del alcalde.

Gregory – ¿El alcalde también es miembro del Club, verdad?

Conchita – ¡Es incluso el presidente de honor!

Gregory – Entre miembros benefactores podemos hacernos pequeños favores. En nombre de la amistad entre España, Panamá y el Vaticano…

Conchita – ¿Y si convencemos al alcalde para que declare esta ruina inhabitable?

Gregory – Expropiamos a los Trompeta y luego compramos el castillo al ayuntamiento a precio de amigo.

Conchita – El lugar de estos nuevos ricos no está en un castillo de época, está claro. Entonces, ¿qué hacemos, Gregory?

Gregory – ¿Y si nos vamos sin decir nada, Conchita?

Conchita – Después de todo, no es una cena, es solo un aperitivo. Te sigo…

Pero María regresa, muy alterada, y se cruza en su camino.

Conchita – ¿Se encuentra bien, señora Trompeta?

María – Sí, sí, todo estupendamente. Por cierto, si querían darse un baño… Ah, no, perdonen. Acabamos de poner el limpiafondos; había unas hojas muertas…

Gregory – ¿En esta temporada?

María – Pero, por favor, vayan a ver nuestro dormitorio.

Conchita – ¿Perdón…?

María – ¡Allí durmió Felipe IV! Por si les interesa verlo…

Gregory – ¿Felipe IV, en serio? Lo ignoraba. Es de hecho mi ancestro directo…

María – O tal vez Franco, ya no recuerdo.

Conchita – ¿Y si vamos a verlo, Gregory?

Gregory – Vamos, Conchita.

Los Badmington salen. Juan vuelve.

María – ¿Qué hacemos con Bandoleón? No podemos dejarlo así. Se ha tirado a la piscina dejando el resto del cuerpo en el trampolín…

Juan – He sacado la cabeza con el recogehojas y la he dejado de momento en nuestra habitación.

María – ¿En nuestra habitación?

Juan – ¡El castillo está lleno de gente! En principio, es el último lugar donde la gente mirará…

María – Es verdad…

Samantha regresa.

Samantha – Y yo que pensaba que esta velada iba a ser un aburrimiento mortal… ¡Al final parece una nueva versión de «La matanza de Texas»!

Juan – Tampoco exageres… Puede que haya sido un accidente. Son cosas que pasan…

Samantha – ¿Cómo se puede morir accidentalmente decapitado por una motosierra?

María – ¿Un asesinato, crees? ¿Pero quién? ¿Y por qué?

Samantha – Alguien dispuesto a cualquier cosa con tal de librarse de un concierto de música clásica, supongo…

María – ¡Dios mío, el concierto! Primero nos faltaba el piano de cola y ahora tenemos un pianista sin cabeza…

Juan – Tranquila, cariño. Después de todo, hay cosas más importantes en la vida, ¿no?

Samantha – Acabamos de encontrar un cadáver. Lo lógico sería llamar a la policía…

Juan – ¿La policía? ¿Tú crees?

María – Podría arruinar el ambiente.

Samantha – ¿Y una cabeza sin cuerpo flotando en la piscina no arruina el ambiente?

Juan – ¿Y tú no podrías hacer algo? Me refiero a tu profesión…

Samantha – ¡Soy tanatopractora, no cirujana! Y volver a unir una cabeza es muy delicado. Si supiera hacerlo, ya os habría encontrado un donante para un trasplante de cerebro.

Juan – Vale, llamaré a la policía.

Juan sale. Entra José con sotana.

José – La puerta estaba abierta, me permití entrar…

María – Ah, buenas noches…

Samantha – Para los últimos sacramentos, llega usted tarde, Padre…

José – ¿Ha fallecido alguien, hermana mía?

María – Eh… sí, pero tranquilícese. Puede que solo sea temporal…

José – ¿Temporal?

Samantha – Un pequeño accidente doméstico, nada grave. Lo importante es mantener la cabeza sobre los hombros, ¿verdad?

José – Si alguien necesita el consuelo de la religión, aquí estoy.

María – Gracias, padre, pero ya hemos avisado a la policía.

José – Señorita Trompeta, supongo.

María – Samantha, te presento al padre José.

José mira a Samantha con ojos lascivos.

José – No creo haberla visto en confesión…

Juan regresa.

Juan *(a María)* – ¿Qué hace aquí este tipo?

María – Lo invité para darle a esta noche un toque de respetabilidad… Padre, les presento a mi esposo, Juan.

José – Buenas noches, hijo mío.

Samantha *(a María)* – Qué cura más raro… A mí me llama «hermana» y a papá lo llama «hijo».

César y Rosalía llegan, bastante ebrios.

María – Y aquí están nuestros amigos César y Rosalía. Verán, son muy divertidos. Al menos, por eso los invitamos…

Rosalía – Buenas noches, padre. ¿No ha resultado demasiado agotadora su detención?

José – Cuando uno tiene la conciencia tranquila…

María – Ah, pero ustedes se conocen.

Rosalía – El padre José es un gran amigo del teatro contemporáneo.

César – ¡Y del arte moderno!

José – Hay que vivir con los tiempos. Y reconozcamos que la religión no siempre ha sabido adaptarse con suficiente rapidez a las nuevas ideas.

César – Tiene razón, padre. La religión es como la monarquía: estas viejas instituciones tranquilizan, pero tarde o temprano hay que admitir que ya no sirven para nada.

Rosalía – Si los franceses hubieran guillotinado al papa junto con Luis XVI, el problema del catolicismo se habría resuelto hace tiempo.

María – ¡Qué graciosa!

José – ¿Está segura de que era una broma?

César – No estoy tan seguro… Es su tema favorito, sobre todo cuando ha bebido un poco. Está convencida de que si guillotinásemos a la mitad del planeta, la otra mitad viviría mucho mejor.

José – Ah, sí…

César – En el fondo estoy bastante de acuerdo, pero a veces discrepamos sobre a qué mitad habría que guillotinar…

Gonzalo llega.

Rosalía – Comencemos cortando a todos los que llevan camisas Lacoste.

César y Rosalía salen.

Gonzalo – Buenas noches, señor alcalde.

Samantha – ¿Señor Alcalde?

José – Disculpen, señores Trompeta, he faltado a mi deber al no presentarme. José Molino de la Cruz, para servirles. Sí, lo confieso, he encontrado otra forma de acumular cargos: soy a la vez párroco y alcalde de este pequeño municipio.

Gonzalo – Una forma ingeniosa de resolver el problema de la separación entre Iglesia y Estado…

Samantha – Así, el cura puede confesar al alcalde todos sus chanchullos sin miedo a que le intervengan el confesionario unos jueces de izquierdas.

Gonzalo – El señor cura-alcalde es también presidente de honor del Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón.

José – A sus órdenes.

Gonzalo – A propósito, señor alcalde, ¿tiene ya un candidato para el Club? Sabe que ha quedado una plaza libre tras la muerte del marqués de Karlsberg-Kronenbourg.

José – ¿Cómo no voy a saberlo? ¡Yo mismo le di la extremaunción!

María le da un codazo a Juan.

Juan – Señor Cura, quiero decir, Señor Alcalde, mi esposa y yo estaríamos muy honrados si…

Entran los policías Ramírez y Sánchez (pueden ser hombres o mujeres). Gonzalo sale.

Juan – Ah, aquí están los repartidores… Señores, no sé si vale la pena bajar el piano del camión, porque el pianista…

María – El pianista perdió la cabeza.

Ramírez – ¿El piano?

Sánchez – Nosotros no traemos pianos. Como mucho, esposas…

Ramírez – Comisario Ramírez, y este es mi ayudante Sánchez.

Juan – Perdón, Comisario, los había tomado por repartidores…

María – Hemos organizado un recital de piano y mi marido se olvidó de conseguir un piano.

Juan – Bienvenidos, por supuesto. Pero ¿podrían investigar discretamente, sin molestar demasiado a los invitados?

María – Son gente distinguida, ¿comprenden? Han venido a escuchar música, no a jugar al Cluedo…

Juan – No queremos arruinarles la noche, ¿ven?

Sánchez – Si el pianista ha muerto, antes o después se darán cuenta de que no habrá concierto, ¿no?

Juan – Sí… Visto así, tiene razón…

María – Por cierto, comisario, ¿no sabrá tocar el piano?

Ramírez – Pues no. Mi ayudante se entretiene haciendo figuras con clips en sus ratos libres. Es su violín de Ingres.

María – Voy a llamar para cancelar la entrega del piano.

Ramírez – Por cierto, siempre se habla del «violín de Ingres», pero ¿a qué se dedicaba ese señor cuando no tocaba el violín?

Juan – Pues no tengo ni idea…

Ramírez – Bueno, basta de charla. Señor Trompeta, ¿puede explicarme qué ha pasado exactamente?

Juan – Le contaré todo, Comisario Ramírez.

Ramírez – De acuerdo. Pero antes que nada, dígame, Trompeta.

Juan – Sí, Comisario.

Ramírez – Trompeta… Debió de pasarlo fatal con ese apellido cuando era pequeño.

Juan – Ay, comisario, si yo le contara…

Ramírez – Pues cuéntemelo.

Juan – A cada rato me decían: «Trompeta, toca algo… ¡Pero que no sea la trompeta!»

Sánchez – No lo entiendo…

Ramírez – Vamos, Sánchez, las salchichas…

Sánchez – Ah, ahora lo pillo.

Juan – Y eso sin hablar de mi mujer.

Sánchez – ¿Su mujer?

Juan – Señora Trompeta…

Ramírez – Mucho tuvo que quererlo para aceptar convertirse en la señora Trompeta. ¿Cómo se apellidaba de soltera?

María – Tambor.

Ramírez – El destino… Estaban hechos el uno para el otro.

Sánchez – Me imagino las burlas que habrán soportado: motes, chistes… Yo me apellido Sánchez, así que ya me entenderán…

Juan – Pues no, pero nos lo puede explicar. Siéntese, Sánchez… *(Sánchez se queda inmóvil y le fulmina con la mirada.)* ¡Ah, no! No lo decía con segundas intenciones…

Los Badmington regresan alarmados.

Gregory – ¡Dios mío! ¡Acabamos de ver el fantasma de María Antonieta!

Ramírez – ¿María Antonieta?

Conchita – ¡Se lo juro! Llevaba la cabeza de Luis XVI en las manos.

Gregory – Como nos dijeron que unos reyes durmieron en su habitación, los reconocimos de inmediato.

Conchita – ¡En la habitación!

Juan – Ah no, es solo que…

Sánchez – ¿María Antonieta? ¿Y quién es esa?

Ramírez – Vaya, Trompeta, su castillo parece un matadero…

Juan – Por la cabeza, me declaro culpable, Comisario… Yo la puse en la mesa en la habitación, para no asustar a nuestros invitados.

María – Una cabeza sangrienta flotando en la piscina, comprenderá que…

Juan – Pero en lo que respecta a María Antonieta, le aseguro que no sé nada…

Ramírez – Vamos a verlo más de cerca, Sánchez…

Salen José, Gregory, Conchita, María, Juan, Ramírez y Sánchez. Regresan Edmundo y Victoria.

Edmundo – Ya veo el titular de mañana: «Aperitivo trágico en Castelardón de los Dos Castillos: un muerto».

Victoria – Al final, no nos aburrimos en casa de los Trompeta.

Edmundo – Y pensar que apenas estamos en el aperitivo.

Gonzalo llega.

Gonzalo – Empiezo a tener hambre, ¿ustedes no?

Edmundo – Por desgracia, tendremos que esperar. De momento no podemos acercarnos al bufé.

Gonzalo – ¿Y por qué eso?

Victoria – ¡Porque es la escena del crimen! ¿No has visto las cintas amarillas de la policía?

Edmundo – Qué suerte la nuestra…

Victoria – ¿Has hablado con Trompeta de tu proyecto de aerogeneradores?

Edmundo – Todavía no he tenido ocasión. Y después de lo que acaba de pasar, no será fácil sacar el tema con naturalidad…

Gonzalo – ¿Tú crees?

Victoria – Y tú, ¿cómo va con la pequeña Trompeta?

Gonzalo – Me temo que no soy su tipo.

Victoria – ¿Cómo que no eres su tipo? ¡Un Altibajos de la Plata! ¡Qué desfachatez!

Edmundo – ¿Y cuál es su tipo, entonces?

Gonzalo – Vete a saber… Quizá prefiera a las mujeres.

Victoria – ¿En serio?

Edmundo – Ya ves… No hace falta tener un apellido con «de» para pertenecer a una familia de degenerados…

Están a punto de salir.

Victoria – Edmundo, creo que va siendo hora de encontrar otra forma de subsistir que no sea ir de cena en cena por Castelardón…

Gonzalo – Por cierto, se me olvidaba: la señora Kowalski nos ha invitado a su casa a un digestivo con bufé.

Edmundo – Aperitivo con bufé, digestivo con bufé… Todo eso está muy bien, pero ¿cuándo vamos a cenar de verdad?

Salen. Juan y María regresan.

María – Es una catástrofe.

Juan – Ahora, evidentemente, será mucho más difícil encontrar un padrino para el Club Filantrópico de Castelardón.

María – ¡Y encontrar el marido ideal para nuestra hija!

Samantha vuelve.

María – Entonces, querida, ¿qué opinas de Gonzalo?

Samantha – ¿Os habéis vuelto locos? ¡Acabamos de encontrar un cadáver decapitado en la piscina y vosotros pensando con quién casarme!

Juan – Al menos dinos cómo lo ves.

Samantha – Escuchad… Me temo que eso no va a ser posible.

Juan – Sin embargo, es un buen chico.

Samantha – Sí, pero… ¡Soy lesbiana, eso es todo!

María – No…

Juan – ¡Oh Dios mío, Samantha, pero esto es espantoso! ¿Y quién es el padre?

María – Dijo lesbiana, Juan… No embarazada…

Juan – ¿Lesbiana? Pero… ¿Cómo? Esto sí que es una catástrofe.

María – Claro que ahora será mucho más difícil casarla.

Juan – ¿Y conociste a alguien? Quiero decir… ¿Una mujer?

Samantha – Sí.

María – ¿Es al menos de buena familia?

Juan – Después de todo, un yerno o una nuera… Mientras sea baronesa…

Samantha – No es baronesa, es… ¡Es la criada!

María – ¡Dios mío, Juan! ¡La asistenta!

Juan – ¿La criada? ¿La que se viste como hombre?

María – Ya me parecía a mí que no era católica. Tendríamos que haber desconfiado.

Juan – ¿Desconfiar? Tú contrataste a una asistenta que se viste de hombre porque no te fiabas de mí.

María – Ya está. Ahora va a resultar que todo es culpa mía.

Juan – No quería decir eso, ya lo sabes…

María – Pero tienes razón… Habría sido mejor contratar a una asistenta portuguesa.

Juan – ¿Fátima no es portuguesa?

María – ¿Por qué iba a ser portuguesa?

Juan – No sé… Por el bigote…

Entran Ramírez y Sánchez.

Juan – Comisario, no se imagina lo que está pasando…

Ramírez – ¿Qué pasa ahora?

María – Nuestra hija es lesbiana.

Ramírez – Mire, señor Trompeta, no creo que eso sea asunto de la policía… ¡Esto no es Irán!

Sánchez – Le recuerdo que tenemos dos muertos entre manos.

María – ¿Dos? Ah, claro… Luis XVI y María Antonieta…

Juan – Entonces, ¿quién es esta María Antonieta?

Sánchez – Según la documentación que he encontrado, parece que se llama Rosalía.

María – ¿Rosalía? ¿La autora de teatro?

Sánchez – Ese nombre me suena, jefe.

Ramírez – Claro, es la autora de la obra que estamos representando.

Sánchez – ¡Eso es!

Ramírez – Pero ¿quién podría querer asesinar a una autora de teatro? ¿Y por qué?

Sánchez – ¿Para no tener que pagar los derechos de autor, jefe?

Ramírez – Es una pista que hay que tomarse en serio, Sánchez. Tendremos que interrogar al productor y al director de la obra.

Samantha – Menudo disparate de obra…

Rosalía vuelve, envuelta en una sábana y con una cabeza en la mano.

María – ¡Cielo santo! ¡El fantasma de María Antonieta, con la cabeza de su marido entre las piernas! Digo, entre las manos…

Rosalía mira la cabeza que tiene entre las manos.

Rosalía – Esta cabeza me suena de algo…

César llega detrás de ella.

César – ¡Pero claro, Rosalía! Es Federico Bandoleón. Lo vimos el año pasado en una cena de los Altibajos de la Plata. Por cierto, comimos fatal…

Ramírez – Entonces, si lo he entendido bien, el segundo cadáver no está muerto.

César – Discúlpela, comisario. Ya le he dicho que no debe mezclar el alcohol con la cocaína.

Ramírez – Sánchez, póngala bajo precinto.

Sánchez – ¿Que precinte a la autora de la obra, jefe?

Ramírez – ¡A ella no! ¡La cabeza! Es una prueba.

Sánchez – Ah sí… Es incluso parte de la víctima…

César y Rosalía salen. Gregory y Conchita Badmington llegan.

Gregory – Pero, ¿qué está pasando aquí?

Ramírez – ¿Quién es este payaso, otra vez?

Juan – Gregory y Conchita Badmington, comisario. El señor Badmington es embajador de Panamá ante el Vaticano, o al revés, ya no me acuerdo.

María – También es el Vicepresidente del Club Filantrópico de Castelardón.

Juan – Y, por lo visto, las fiestas del embajador son siempre un éxito…

Ramírez – Bien, vamos a interrogar a toda esta gente. Que nadie salga sin mi autorización.

Gregory – ¡Pero si soy embajador! Puedo violar a una monja y matar a un comisario, o al revés, con total impunidad. Si no, ¿para qué quiero un pasaporte diplomático?

Ramírez – Átelo a un radiador y dele unos cuantos golpes con el anuario de la alta sociedad en la cabeza para que se calme. Ya lo interrogaremos después.

Gregory – ¡Se va a enterar, comisario! Presentaré una queja ante el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Sánchez – Muestre su pasaporte…

Gregory le entrega su pasaporte.

Sánchez – Panamá… El Vaticano… Esto huele a tráfico internacional de drogas, jefe. Seguro que él le suministra cocaína a la autora de la obra.

Ramírez – ¿Cómo sabe usted que la autora de esta obra es adicta a la cocaína, Sánchez?

Sánchez – ¿Cómo iba a escribir una historia tan delirante sin la ayuda de sustancias como la cafeína o la cocacolaina?

Ramírez – Puede que tenga razón, Sánchez… ¿Y Conchita tiene permiso de residencia?

Conchita – No he traído el pasaporte. ¡No esperaba que la policía me interrogara en una velada en casa de los Trompeta!

María – Es una catástrofe, Juan…

Ramírez – Dice que es la esposa del embajador y que se llama Conchita.

Conchita – ¡Sí!

Ramírez – Ya, claro, Conchita… Y mi asistenta se llama Cayetana de Alba. Sánchez, métala al fresco. Otra portorriqueña que viene a trabajar aquí en negro.

José llega.

José – Hijo mío, en nombre del Señor, le pido un poco más de compasión.

Ramírez – Pero a este ya lo conozco…

Sánchez – ¿Va usted a misa, jefe?

Ramírez – Lo detuvimos ayer a la salida del instituto por exhibicionismo. ¿No se acuerda, Sánchez?

Sánchez – Ah, sí, ahora que lo dice… Debe de ser por el atuendo. Completamente vestido, no lo había reconocido…

Ramírez – Llévese a este pervertido y átelo al radiador con los demás.

Sánchez – Espero que el radiador sea lo suficientemente grande…

José – Pero, vamos… ¡Informaré al papa! ¡Será usted excomulgado!

Ramírez *(señalando la cabeza)* – Y quíteme esto de delante. Parece que me está mirando mal y me pone nervioso…

Sánchez se dispone a irse pero examina la cabeza.

Sánchez – Jefe, ¿se ha fijado? Le falta la dentadura…

Ramírez – No creo que le robaran la dentadura por eso, pero ya veremos. Empecemos por interrogar a la asistenta. En una casa, los criados siempre saben más de lo que dicen, Sánchez.

Sánchez se dispone a marcharse con los Badmington y José, mientras Juan les hace una última propuesta.

Juan – Entretanto, una buena noticia: con permiso del comisario, queda abierto el bufé. ¡Sírvanse!

María – Pero esto no es una cena. Mientras no seamos miembros del Club, no nos atreveríamos, ¿verdad Juan?

Juan – Es solo un bufé. Solo hay carne fría…

Sánchez sale con los Badmington y José.

Juan – Comisario, estamos viviendo una tragedia.

Ramírez – Dígame, Trompeta, ¿ha hecho usted teatro alguna vez?

Juan – ¿Teatro? En realidad no, Comisario.

Ramírez – Ya me lo imaginaba…

Sánchez vuelve con Fátima.

Ramírez – Aquí llega Blancanieves.

Sánchez – ¿Blancanieves? Pensé que se llamaba Fátima…

Ramírez – Es una broma, Sánchez. «Blancanieves y los tres cerditos», ¿no le suena?

Sánchez – ¿Los tres cerditos?

Ramírez – A ver, Fátima… ¿Es usted transexual?

Fátima – ¿Qué?

Ramírez – Puede contárnoslo. La policía de hoy tiene una mentalidad muy abierta.

Sánchez – Yo mismo, antes de entrar en esta noble institución, estaba en Alcohólicos Anónimos.

Fátima – ¿Dejó de beber?

Sánchez – No, pero desde que soy policía ya no tengo que esconderme.

Ramírez – Antes era alcohólico anónimo; desde que entró en la policía es un alcohólico conocido por todo el mundo.

Sánchez – Como usted, jefe.

Ramírez – Bueno, volvamos al asunto. Fátima, ¿desde cuándo es usted una bollera?

Sánchez – Se dice «lesbiana», jefe. Tenga cuidado, que podría denunciarnos.

Fátima – Pero no soy lesbiana.

Ramírez – Entonces, ¿por qué se viste como un hombre?

Fátima – ¡Porque soy un hombre!

Sánchez – ¿Cómo es eso? Fátima, ¿no es un nombre de mujer, acaso?

Fátima – ¡Sí! Pero no me llamo Fátima…

Ramírez – Pero sus jefes lo llaman Fátima, ¿verdad?

Fátima – No sé por qué empezaron a llamarme así y nunca me atreví a corregirlos. Además, mi nombre de verdad es bastante difícil de llevar. Pensé que «Fátima» me ayudaría a encontrar trabajo.

Ramírez – ¿Y cuál es su nombre de verdad?

Fátima – Osama.

Sánchez – Es verdad que Osama, para un transexual, no es un nombre fácil de llevar…

Fátima – ¡Que no soy transexual!

Sánchez – Bueno, y sobre el pianista que encontraron cortado por la mitad en la piscina, ¿sabe algo?

Fátima – Creo que la señora Kowalski también lo había contratado para tocar esta noche en su casa.

Ramírez – ¿Kowalski? Apellido sospechoso para alguien de aquí. Habrá que interrogarla. Sánchez, haga pasar al siguiente testigo.

Sánchez sale.

Ramírez – Puede irse, señor Fátima.

Fátima – Gracias, Comisario.

Fátima se dispone a salir.

Ramírez – Una última cosa: ¿cuánto cobra por la noche?

Fátima – ¡Ya le he dicho que no soy travesti!

Ramírez – ¡Solo busco a alguien que me limpie la casa!

Fátima – ¿Por la noche?

Ramírez – Como suelo trabajar de noche, busco a alguien que pase la aspiradora entre las tres y las cinco de la mañana. De día duermo y no quiero que me molesten…

Fátima – Perdone, comisario. Estoy un poco de los nervios. Tome mi tarjeta. Llámeme…

Ramírez – Osama… Un nombre curioso para una asistenta…

Fátima sale. Sánchez regresa con Victoria, la baronesa.

Victoria – Les advierto, soy Baronesa, y desciendo directamente de Enrique IV por parte de mi madre.

Ramírez – Sí, claro. Y yo desciendo del AVE en Atocha. Me acaban de destinar aquí. Sánchez, registre a la baronesa.

Victoria – ¡Protesto!

Sánchez registra a la baronesa.

Ramírez – ¿Y todo esto qué es?

Sánchez – Jefe, cucharillas de plata, un cenicero publicitario, unos quesitos… ¡Incluso una dentadura postiza!

Ramírez – ¡La dentadura de Bandoleón!

Sánchez – Hurto y receptación de una dentadura postiza… ¿Sabe los años que pueden caerle por esto, señora Altibajos de la Plata?

Victoria – Lo siento… Soy cleptómana…

Sánchez – Claro. Eso es lo que nos dicen todos los ladrones de dentaduras que detenemos.

Ramírez – Y del pianista, supongo que nos dirá que no vio nada, ¿verdad?

Victoria – Se refiere al happening, ¿verdad?

Sánchez – ¿Al happening?

Victoria – Sí, esos artistas contemporáneos que hicieron una intervención artística junto a la piscina de los Trompeta.

Ramírez – ¿Qué vio exactamente?

Victoria – Ocurrió en el trampolín de cinco metros. Una mujer sujetó al pianista contra la plataforma, como si fuera la tabla de una guillotina, y un hombre le cortó la cabeza con una motosierra. No sé cómo hicieron el truco, ¡pero parecía de verdad!

Ramírez – ¿Y luego?

Victoria – La cabeza cayó a la piscina. El cuerpo quedó colgado del trampolín por los tirantes y subía y bajaba como un muñeco sujeto a un elástico. Fue un espectáculo impresionante, créanme. Hay que reconocer que los Trompeta han dado en el clavo. ¡Y yo que los creía unos paletos incapaces de entender el arte contemporáneo!

Ramírez – Creo que no tenemos la misma idea del arte contemporáneo…

Sánchez – Jefe, entonces solo necesitamos identificar a los dos sospechosos y nuestra investigación estará terminada.

Ramírez – No nos fiemos de las apariencias, Sánchez. Para el artista y para el estafador, la realidad no es más que la apariencia de la realidad…

Sánchez – Eh… Sí, jefe…

Entra Edmundo.

Edmundo – ¡A una señora no se la trata así, comisario! Tendrá que darme una satisfacción. Mañana le enviaré a mis dos padrinos. Elija usted las armas.

Ramírez – Estupendo. Le propongo un duelo con pistolas de dardos a treinta metros…

Edmundo – Perfecto. Yo llevaré las ballestas.

Ramírez – Tiene gracia.

Sánchez – No estoy seguro de que bromeara, jefe…

Ramírez – ¿Usted cree?

Edmundo *(a Victoria)* – ¿Todo bien, cariño?

Victoria – Sí, sí… Incluso conseguí salvar unos quesitos…

Ramírez – En cualquier caso, esta historia es más complicada de lo que parece. No descartemos un asunto de espionaje, Sánchez. Bandoleón viajaba mucho por su trabajo, sobre todo a países del Este. Tal vez fuera un espía al servicio del papa.

Sánchez – Y dicen que Badmington juega al minigolf con Su Santidad…

Ramírez y Sánchez salen.

Juan – Señor Altibajos de la Plata, cuando tenga un momento…

Edmundo – Sí, amigo mío.

Juan – ¿Podría apadrinarnos para entrar en el Club? Sabemos que ha quedado una plaza libre…

Edmundo – Tendré que hablar con el presidente… Pero si invirtieran en mi negocio de aerogeneradores, seguro que ayudaría.

Juan – ¿Y por qué?

Edmundo – No me diga, Trompeta, que no le preocupa el futuro de nuestro planeta.

Juan – Sí, claro, pero…

Edmundo – Como saben, el Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón es muy sensible a los asuntos ecológicos. Procuramos atracarnos solo de productos ecológicos, y nuestro caviar viene de criaderos sostenibles…

Juan – ¿En serio?

Victoria – ¿Lleva encima el talonario de cheques?

Juan, Edmundo y Victoria salen. Ramírez y Sánchez regresan.

Ramírez – ¿Qué opina usted, Sánchez?

Sánchez – Caso resuelto, jefe. Truffaldino y la señora Kowalski lo han confesado todo.

Ramírez – ¿El motivo?

Sánchez – Bandoleón no sabía en cuál de los dos castillos dar el concierto. Y Kowalski lo partió por la mitad.

Ramírez – El juicio de Salomón, por así decirlo… ¿Y el cómplice?

Sánchez – Según varios testimonios concordantes, Truffaldino odia patológicamente a los virtuosos del piano de cola.

Ramírez – A mí la música de cámara también me aburre mortalmente, pero de ahí a hacer algo así…

Sánchez – Eso es, jefe. No siempre la música amansa a las fieras. En todo caso, ha sido una investigación rápida.

Ramírez – No tan rápido, Sánchez. También podría tratarse de un accidente doméstico.

Sánchez – ¿Un accidente doméstico?

Ramírez – Yo lo veo así: la asistenta quiere podar un arbusto con un cortasetos eléctrico y accidentalmente le corta la cabeza a Bandoleón, que está orinando a escondidas entre las begonias. Luego disfraza el accidente de asesinato…

Sánchez – Por lo general, es más común encubrir un asesinato como un accidente, jefe.

Ramírez – Precisamente por eso es una investigación tan difícil, Sánchez…

Fátima regresa con Juan.

Fátima – Comisario, acaban de encontrar a la señora Badmington en la cámara frigorífica del castillo, con una hipotermia grave.

Juan – ¿Alguien habrá querido dejar libre otra plaza en el Club?

Ramírez – Tal vez usted…

Juan – ¡Comisario, le aseguro que yo…!

Sánchez – Jefe, fui yo quien la metió en la cámara frigorífica.

Ramírez – ¿Pero por qué?

Sánchez – Me dijo que la mantuviera al fresco…

Ramírez – Eso es una metedura de pata, Sánchez…

Juan – ¡Comisario, esto es un incidente diplomático gravísimo! ¿Quiere provocar una guerra entre España y Panamá? ¡O peor aún, entre España y el Vaticano!

Ramírez – Por lo menos son dos guerras que nuestro ejército aún podría ganar, a pesar de los recortes en Defensa.

Sánchez – Lo siento mucho, jefe.

Ramírez – Por esta vez lo pasaré por alto. Pero si quiere hacer carrera en la policía, tendrá que aprender a no tomarse al pie de la letra todo lo que digo…

Sánchez – Sí, jefe…

Salen. José llega con Gregory.

Gregory – Este castillo es insalubre, Señor Alcalde, espero que ahora esté convencido.

José – Evidentemente, señor embajador. La policía, cuyo mando acabo de asumir como fiscal de este municipio, acaba de encontrar carne en mal estado en la cámara frigorífica.

Gregory – Era mi esposa, Señor Cura.

José – ¿Y además estos señores son caníbales? Ordenaré inmediatamente su expulsión del municipio y su excomunión de la Santa Madre Iglesia.

Gregory – Vamos, querido amigo, seamos magnánimos. Esperemos al menos a que termine este aperitivo con bufé.

José – Tiene razón. ¿Acaso no somos ambos miembros de un Club Filantrópico? Pero no se preocupe, podrá llevarse el castillo a Panamá con la bendición del ayuntamiento y del Vaticano.

José se persigna.

Gregory – Pero hay un pequeño problema, señor alcalde.

José – ¿Cuál?

Gregory – Castelardón de los Dos Castillos… con un solo castillo…

José – Dictaré un decreto para cambiar el nombre del pueblo. ¿Qué tal «Castelardón del Castillo»?

Gregory – ¿Y por qué no simplemente Castelardón?

José – ¡Trato hecho, querido amigo!

Regresan Ramírez y Sánchez, llevando esposados a Truffaldino y Renata Kowalski. Detrás vienen Juan y María.

Ramírez – Caso resuelto, señor fiscal…

José – Bien hecho, Comisario. Puede estar seguro de que lo recordaré. Me encargaré de su ascenso…

Ramírez – Gracias, Padre.

Juan – Gracias a usted, comisario. Por su intervención, nuestra velada podrá continuar con alegría y buen humor.

Ramírez – A sus órdenes. Estamos aquí para proteger a los ciudadanos honrados.

Sánchez – Señoras y señores… Que pasen buena noche.

María – Pero por favor, tómense una copa con nosotros. Somos amigos de la policía.

Ramírez – Ya conoce el lema, señora: nunca bebemos estando de servicio.

María – Hemos preparado una sangría gigantesca en la piscina. Muy flojita…

Ramírez – Bueno, una sola copa para los dos. Sánchez, yo me bebo la sangría y usted se come la fruta, ¿de acuerdo?

Sánchez – Está bien, jefe…

Samantha les sirve dos vasos de sangría. César y Rosalía regresan. César lleva un cuadro.

César – Aquí tiene el retrato de familia, señor Trompeta.

Rosalía – El señor y la señora Clarinete y su salchichita.

María – Gracias, pero…

Juan – La verdad es que no me reconozco demasiado.

César – Es arte contemporáneo, querido amigo.

María – ¿Y cuánto cuesta?

César – Vamos, Trompeta. En el arte, el dinero no es lo más importante. ¡Es una obra única!

Juan – ¿Cuánto?

César le susurra algo al oído.

Juan – Ah, sí, ya veo… Entonces no sé si vamos a encargarlo…

María – ¡Pero, Juan! Es como la foto de clase de Samantha en la escuela de tanatopraxia: ¡estamos obligados a comprarla!

Ramírez se acerca.

Ramírez – He bebido mucha sangría en mi vida, pero esta está buenísima. Tendrá que darme la receta.

María – Es un secreto, comisario. Solo le diré que esta sangría hace honor a su nombre…

Ramírez – Me intriga, querida señora.

María – Por favor, pruebe también la barbacoa.

Le ofrece un plato y él prueba una brocheta.

Ramírez – ¡Exquisito! ¡La mejor brocheta que he probado en mi vida!

Sánchez – Sí, se derrite en la boca.

Juan – Creo que el concierto ya se ha ido definitivamente al garete.

María – Con un pianista sin cabeza y sin piano de cola.

Juan – ¡Y pensar que ese tipo nos costó un dineral! Aunque, al menos, le hemos sacado cierto partido.

Ramírez – ¿Ah sí?

María – Estaba gordo como un cerdo y, sin cabeza, bien puede pasar por un cochino.

Juan – Al fin y al cabo, lo habíamos pagado.

María – Lo hemos puesto en la barbacoa.

Ramírez – Es gracioso.

Sánchez – No estoy seguro de que estuviera bromeando, jefe.

José vuelve con un acordeón.

José – ¡No tenemos piano de cola, pero nos queda el piano de fuelle!

José se pone a tocar el acordeón y a cantar. Edmundo, Victoria y Gonzalo regresan. Ambiente de verbena popular.

José – Acordea, cordea, acordeón…

María – ¡Qué categoría!

Juan – Parece Giscard…

Edmundo – Es el presidente.

Ramírez – ¿El presidente?

Victoria – ¡El presidente del Club Filantrópico de Castelardón!

Edmundo – Recuerden que, además de cura, alcalde y fiscal de este pueblo, es maestro, agente inmobiliario, inspector de Hacienda y médico.

María – ¡Un hombre orquesta, vamos!

Truffaldino hace una aparición con su motosierra.

Ramírez – Si no hay cadáver, no hay delito. Seamos magnánimos. ¡Pongamos a toda esta buena gente en libertad!

Sánchez – Pero ha habido un asesinato, jefe… Sabemos que fue el contable quien le cortó la cabeza con la motosierra.

Ramírez – No sea tan estricto, Sánchez. Aunque yo metería en la cárcel a todos los contables.

José – El Señor ya lo ha perdonado.

Ramírez – Haremos que parezca un accidente de barbacoa.

Rosalía – Lo útil que es tener amigos en la policía.

María empuja a Juan con el codo.

María – ¿Y respecto a nuestro ingreso en el Club, señor alcalde? ¿Podría hacer algo?

José – Mire, querida amiga, venga mañana después de misa al ayuntamiento y hablamos de todo con más calma…

José se aleja.

César – Al final, la velada ha sido todo un éxito.

Juan – ¿Usted forma parte del Club?

César – ¡Pero hombre! Los bufones no pertenecen al club. Se limitan a comer gratis mientras se burlan de sus anfitriones.

Juan – Ah, sí.

César – Además, comparto la opinión de Marx: nunca pertenecería a un club que me admitiera como socio.

Juan – No sabía que eso lo hubiera dicho Karl Marx.

Rosalía – Karl, no, querido amigo. ¡Groucho!

César y Rosalía se alejan.

Gonzalo – ¿De verdad es usted homosexual?

Samantha – ¿Por qué? ¿Quiere probar suerte en el sorteo?

Gonzalo – Antes me gustaría saber si tengo alguna posibilidad.

Ella le planta un beso por sorpresa; él se deja hacer y parece disfrutarlo. Samantha se aparta.

Samantha – ¿Qué le ha parecido?

Gonzalo – ¿Quiere casarse conmigo, Samantha?

Samantha – Le advierto que mi padre vende salchichas.

Gonzalo – Y yo le advierto de que a mi padre ya solo le queda una cosa por vender: yo.

Se besan de nuevo.

Juan *(a Sánchez)* – ¿Cree que aún tenemos alguna posibilidad de entrar?

Sánchez – ¿De qué?

María – ¡En el Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón, hombre!

Entra José con una banda tricolor cruzada sobre la sotana.

José – Ya que no ha habido extremaunción, me ofrezco a celebrar la boda aquí mismo.

Samantha – Boda civil y religiosa al mismo tiempo… ¡Doble condena, pero al menos acabaremos antes!

Fátima vuelve con una bandeja de brochetas.

Fátima – ¡La señora está servida!

María – Es solo un aperitivo…

César – Hemos venido al bufé, no a hacer el bufón. ¡Pues a comer!

Gregory – Está muy bueno, ¿qué es?

Juan – Es Bandoleón.

Gregory – Hablaba de la barbacoa.

Juan – Sí, yo también…

Fátima se va. Siguen comiendo.

José – Con todo esto, aún no tenemos un candidato serio para reemplazar al eminente miembro del Club que acaba de dejarnos…

Fátima regresa con una maleta en la mano.

María – Pero ¿qué hace con esa maleta, Fátima?

Juan – ¿Se va de vacaciones a Marruecos?

María – La noche aún no ha terminado…

Fátima – Presento mi dimisión, señor Trompeta.

María – No me diga que al final se ha dejado comprar por esa bruja de Kowalski…

Fátima – No, señora, tranquilícese.

Juan – Bueno, entonces, ¿qué ocurre? ¿No está a gusto con nosotros?

Fátima – Sí, pero el décimo de lotería que me dio el señor ha resultado premiado.

Juan – ¿Con cuánto?

Fátima – Con sesenta y tres millones.

María – ¿Sesenta y tres millones de qué? ¿De dírhams?

Fátima – De euros.

José – ¡Bienvenido al Club, Fátima!

Juan – ¿Cómo?

José – A partir de cincuenta millones se entra automáticamente como miembro de honor del Club Filantrópico de las Cenas de Castelardón.

María – Pero, señor alcalde… Digo, señor cura… Fátima es de origen árabe. ¡Y probablemente musulmán!

José – Aquí nos mueve un espíritu profundamente ecuménico.

Edmundo – ¡Un buen partido para ti, Gonzalo! Mucho mejor que la empleada de pompas fúnebres.

Gonzalo – ¡Pero si ni siquiera sabemos si es una mujer!

Edmundo – Nadie es perfecto…

Victoria *(a Gonzalo)* – ¡Vamos, Gonzalo, anímate!

José vuelve a tocar el acordeón. Gonzalo saca a bailar a Fátima. Todos bailan por parejas, excepto César y Rosalía.

Rosalía – Querido amigo, el mundo entero es una cena de idiotas.

César – ¡Y pensar que apenas hemos llegado al aperitivo!

Se ponen a bailar ellos también.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Mayo de 2024

ISBN 978-2-38602-206-7

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.